

Apoteosis Sarmientina

Joaquín Chervero*

Resumen

Sobre un juego de confusión e identificación entre la figura de Sarmiento y los atributos del dios Hermes (imagen que aparece en el bronce de su tumba) los principios sociales y políticos que atraviesan su obra son concentrados en una manera específica de entender la *comunicación*. El orden discursivo del ensayo parte con la traducción de los dones divinos en la idea que Sarmiento concibió entre 1845 y principios de 1850 para trazar el camino hacia la civilidad de una nación. El valor interpretativo de este aporte es puesto a prueba en la segunda parte del trabajo, cuando la síntesis del proyecto de juventud entra en contrapunto con la polémica obra tardía *Conflicto y Armonía de las Razas en América* (1883). Una nueva lectura es propuesta bajo el lente de la pretérita utopía, permitiendo desatender los evidentes sesgos racistas que atraviesan el trabajo. El proyecto de Hermes-Sarmiento desoía dimensiones que luego lograron ser problematizadas; el análisis comparado permitirá ver cómo, hacia el fin de su vida, la pregunta por la identidad americana había empezado a resquebrajar los prejuicios eurocéntricos que la inhibían.

Palabras clave: Sarmiento, Comunicación, Identidad.

Abstract: The early work of the former Argentinean president Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888) is used to explain the image that appears in his grave. The Social and political principles are concentrated in a specific way of understanding communication. From there the immortality of the marble is reached. The interpretive value of this contribution is put to the test in the second part of the work, where the synthesis of the first projects enters in counterpoint with his last important work, *Conflicto y Armonía de las Razas en América* (1883). With this, we hope that new readings and dimensions will be open in the foundational texts of the Argentine nation.

Keywords: Sarmiento, Communication, Identity.

“Una América toda/asi lo/de los dioses todos/con/lengua, tierra y ríos/libres para todos”

Epitafio redactado por Sarmiento

I

Por enmascarar la muerte corrupta bajo el arte del recuerdo el cementerio de la Recoleta no permite invocaciones ásperas de cuerpos empolvados. Solicitar un alma revuelta en el interior del país requiere un llamado diferente a la que reposa con

* Estudiante de sociología, FSOC-UBA. jchervero@gmail.com

seguridad en la capital. En este camposanto, fuera de un gusto amargo que acompaña en la visita, no hay sombras terribles que presionen la espalda. Los mausoleos y esculturas consumen el hueso roído así como el elemento estético se imprime en el alma y nos ofrece una nueva puerta de entrada para comprender a quien allí nos espera.

El espíritu que esta voz clama no busca en las cenizas de lo que su cuerpo fue sino en el obelisco que hoy se alza sobre ellas. En su tumba un águila masónica y varias placas conmemorativas sobre un lado; un ramillete dejado por alguna maestra normal; y el dios Hermes, en bronce fundido, que hace frente al visitante invitando la genuflexión. Uno obedece, acaso sea en su deber de psicopompo que el dios se revela. Otro, más reflexivo, puede inclinarse imaginando que es Hermes el difunto; y así como se vio a Rosas en Facundo y a Facundo en el cuerpo hoy muerto, hacer una la imagen bronceína del dios con las palabras que abajo mandan *Domingo Faustino Sarmiento*.

Así, para llevar un hombre a la inmortalidad, *un momento* de su vida se extiende en eterno; y si bien Hermes abarca la existencia de Sarmiento no todas las facetas de Sarmiento pueden extrapolarse hasta confundirse con el sempiterno dios. Una idea es la que los une, y es durante el período de incubación cuando su alma asciende al Olimpo nacional. Dios mensajero, de los caminos; dios de la mentira y la oratoria y los poetas y literatos; dios de fronteras, del comercio y de los viajes, Sarmiento lo es todo bajo esa idea que construye desde lo que va de su *Facundo* (1845) hasta la sistematización de *Argirópolis* (1850).

Una lectura reflexiva de sus obras va a permitir reconocer la organicidad de ideas, aún si a primera vista la espontaneidad de su pluma y la versatilidad de sus intereses hagan descreer de semejante estructura. Una vez que podamos sostener en una mano el concepto que lleva a Sarmiento hasta la imagen misma de Hermes podremos instrumentarlo sobre la realidad, la ficción, y sobre sí mismo. Pero replegar sobre sí su escritura debe esperar la claridad comprensiva de que el trabajo nos exige.

Por tercera vez Sarmiento puso pie en Chile. La primera vez fue llevado unos días de 1827 por negocios. Para la segunda, en 1831, escapaba de Quiroga. Pero ya en 1840, con un nuevo exilio, su preparación intelectual le permitió aprovechar la distancia de su país como la separación que un pensador positivista demanda para razonar. Aprovechó su ubicación, y desde fuera le escribió a su país lo que la retirada evidenciaba. Éste es el momento en el que todas sus consideraciones fueron subordinadas a un criterio social,

más amplio, político. El movimiento que materializa la idea inmortal. Entre 1845 y 1850 sus ambiciones periodísticas, políticas y literarias, sumadas a la experiencia de sus viajes, gestan una específica concepción del progreso y los correspondientes planes liberales que permiten su ejecución. En los últimos capítulos del *Facundo*, Sarmiento consigue enumerar las dimensiones que el nuevo gobierno de Argentina deberá atender en el futuro (Sarmiento, 2010: 154). Inmigración, ríos, educación, prensa, ilustración, comercio, todo por desarrollar. Cinco años después, cuando redacta *Argirópolis*, el desenvolver de las mismas alcanza para la proyección de todo un nuevo país.

Y en la base de todo esto, el progreso como un ir y estar en el atraso y la civilización; civilidad como un grado superador pero a la vez conviviente y en pelea abierta con el pasado. Sarmiento reconoce en la Argentina contemporánea la coexistencia de diferentes momentos de la evolución social; dos sociedades en una, ciudades civilizadas ahogadas en el desierto por las campañas bárbaras. Un doble ambiente tanto a nivel político como social que actúa como premisa para todas sus futuras indicaciones (Ingenieros, 1957: 279), y el paso de uno a otro definiendo lo que el progreso es. Cuando Gino Germani se refiere en la década del cincuenta a la asincronía de la sociedad argentina está incluyendo este mismo fenómeno, o al menos lo encuentra en su génesis. Después de un siglo el doble ambiente que en simultáneo configura el ser nacional (sea *Barbarie/Civilización* o *Sociedad Tradicional/Sociedad Industrial*) mantuvo su vigencia sociológica. La transición inagotable de la barbarie a la civilización, donde el factor de retardo traza una hipérbola que disminuye en continuo sin morir, aparece como condición constitutiva de la Argentina; y si bien la asincronía de Germani penetra en los mismos individuos disociando su personalidad, Sarmiento logra ver en el entrecruzamiento la explicación de la historia argentina¹.

Según Ingenieros el Sarmiento de esta época es, sin saberlo, un filósofo de la historia, aunque sólo alcanzará conciencia de ello en sus últimas obras. Siendo así, el absoluto que atraviesa la sociedad Argentina es este antagonismo en convivencia de civilidad y barbarie. Es la dicotomía primaria de la historia argentina. Aún la revolución de la independencia, detonante de la situación que se describe en el período *1845-1850* es, bajo este lente, doble. Es la revolución que las ciudades iniciadas en ideas europeas

¹ Continuar esta línea de análisis llevaría un nuevo trabajo paralelo, aún en desarrollo. Detenemos aquí la comparación entre Germani y Sarmiento, basta reconocer en el primero cierta permanencia del conflicto civilización y barbarie.

hacen contra el atraso español y es la revolución que los caudillos de las campañas hacen contra las ciudades. Sarmiento se considerará heredero de la primera en coherencia con su idea de progreso, y va a resistir con su labor el avance de la segunda. De esta forma, partiendo de la corriente del progreso y definiendo sus puntos de salida y llegada, toma para incitar políticas una posición que él mismo configura con su producción teórica.

En mayo y junio de 1845 el diario chileno *El Progreso* publica el folletín *Civilización i Barbarie. Vida de Juan Facundo Quiroga*, siendo ejemplo en sí de los frutos del progreso. El *don de la lengua* practicado libremente por la prensa chilena es uno de los caminos que indican dirigirse y estar en el mundo civilizado. Hay, recapitulando, un concepto que inmortalizó a Sarmiento en su lápida, y para aprehenderlo partimos de su noción de progreso como pasar de una sociedad a otra. El contacto con los pensamientos y las ideas del mundo lo permite. Lograr que la inteligencia humana fluya, circule, es responder a la voluntad civilizatoria y quebrar con la barbarie. Cualquier técnica que una entre sí los espacios europeizados de América da una estocada a la ignorancia; Sarmiento busca que la Argentina posea el mismo patrimonio que Norteamérica, apropiándose y masificando los avances del conocimiento occidental.

En 1845 convino con Manuel Montt un viaje para estudiar la organización de la enseñanza primaria en el mundo. Sus diarios de viajes se publicaron en 1849 y allí aparecen, en sus notas de Estados Unidos, las pruebas empíricas de sus conjeturas. Las líneas de telégrafo y las posadas que atravesaban el interior conectando ciudades eran capital adquirido. El camino llevaba a la civilidad. “*Es imposible barbarizarse donde la posta, como una gotera diaria está disolviendo toda indiferencia nacida del aislamiento*” (Sarmiento, 1851: 64), dice en sus diarios de viaje. La difusión de esta tecnología, el emplazamiento de líneas de ferrocarril, la prensa libre, miden el espíritu y la dirección que presiden la sociedad.

Depuramos las condiciones del desarrollo y su constancia es prueba de la claridad con la que Sarmiento las ve. Para 1849 la apertura del mercado californiano a las exportaciones primarias chilenas da a su idea inmortal una prueba concluyente. El impacto de la medida no sólo afectó la zona triguera sino que se reflejó en la construcción privada de Santiago y en el nivel de vida de la clase baja urbana (Halperín

Donghi, 2004: 53). Con un nuevo foco en las relaciones internacionales y reconociendo el dinamismo que puede adoptar la economía estimulada por la ampliación del mercado, redacta en *Argirópolis* un nuevo diagnóstico del territorio argentino. Ya para 1850 la caída de Rosas era inminente. Sarmiento lo presiente y cambia su pluma de águila por una menos combativa. Habla con respeto, era necesario *desarmar los espíritus*. Urquiza es el destinatario de su mensaje, a él va dirigido el prefacio de *Argirópolis* y un cajón repleto de ejemplares que envía por medio de Bonpland.

El mundo cambió junto a él, y por las mismas venas donde más adelante otros verán decantar la sangre americana en tributo del vampiro europeo, Sarmiento ahora da cuenta del movimiento inverso. Las arterias del territorio, los ríos, son el canal del progreso, son las líneas naturales del comercio y el trazado que la naturaleza imprime sobre el capital. Los argentinos, hijos de los colonizadores españoles, ven un obstáculo en los ríos. Ignoran la capacidad del flujo extranjero en acumular población y riqueza sobre los puntos que frecuenta, dotando a las ciudades riberas de poder, recursos e inteligencia humana. Sobre esto se erige *Argirópolis*, la utopía Sarmientina que busca optimizar el mercado nacional por medio de una reorganización territorial.

“La república se ha escogido una capital sin que se sepa el día ni la época”, escribe en sus hojas. Revisando los pactos vigentes (respetados o no) Buenos Aires no observa otra concesión que el cargo provisorio de las relaciones internacionales. Y es, como se vio en el párrafo anterior, este poder político la válvula del progreso argentino. Las provincias confederadas tienen la capacidad legal de hacer dirimir de su cargo a la pretendida capital y depositar las responsabilidades sobre una ciudad que pueda beneficiar a todo el país administrando según los preceptos territoriales. Esta llave geográficamente estratégica es señalada en la isla Martín García, regente de los ríos que nutren de vida al Paraguay y el Uruguay, dando una razón válida para confundirlos en una gran nación; Buenos Aires permanece fuera de las rutas comerciales internas en tanto Martín García, por su forma insular, asegura el deslague del continente permitiendo que el interior alcance la civilización que sacrificó con su independencia.

La prensa, la posta diaria, el ferrocarril, el telégrafo, el comercio, la navegación de los ríos, las relaciones internacionales, son todas condiciones de desarrollo y partes de la idea inmortal que matiza a Sarmiento en Hermes. Los atributos del dios se expresan en proyectos políticos de manera retórica, persuasiva, mentirosa por veces. Incluso sus

ideas sobre la educación terminan siendo codificadas con este criterio verbal y práctico en sus viajes por Norteamérica. La posibilidad de ascenso social y la civilidad de un pueblo se expresan en su palabra y su signo.

Sarmiento entiende todos estos cambios como el tránsito entre la civilización y la barbarie pero, a la vez, como efectos que únicamente pueden darse en un mundo con ideas avanzadas. Son cambios civilizadores y civilizados; la sociedad en progreso es entonces una sociedad ilustrada ya que la civilización es una dinámica que se adopta. El motor del cambio es la idea inmortal de Sarmiento, aquella que define lo que la civilización *es*. Siguiendo la tendencia contemporánea, y la manifiesta deuda de su obra con Alexis de Tocqueville, ésta podría ser sintetizada en el binomio democracia/igualdad. Correspondería además con la importancia que en sus viajes da a la generalización y vulgarización de los usos y técnicas. Sin embargo no parece ser una noción que acerque lo justo a la igualdad democrática el último sentido de sus reflexiones. Cuando analiza la política norteamericana Sarmiento destaca los principios constitutivos de asociación que posee cada ciudadano a modo de ciencia política moral y no las posibilidades de acceso igualitario que abren las instituciones. “*La población en masa de los Estados-Unidos ha adquirido este sentimiento, esta conciencia política*” (Sarmiento, 1851: 75). La disposición del norteamericano alcanza su mayor efecto civilizador mediante la elección del presidente, no en tanto soberanía popular sino por consolidar el vínculo nacional.

Se expresa en este análisis el concepto definitorio que Sarmiento asigna a los países civilizados. Siguiendo con la constitución de Norteamérica el elemento de orden no debe ser la coerción ni la aceptación del gobierno sino los *intereses comprendidos* (Sarmiento, 193?: 206). No se progresa por medio de la igualdad, siquiera es una condición necesaria, el progreso de una nación se mide por su integración interna y la cercanía a la civilización del mundo. La adopción que Norteamérica hace del buque y demás avances humanos para extender su nación hasta el acople universal es lo que define su posición en la vanguardia del mundo.

Es ésta la idea que acerca al Sarmiento de 1845-1850 hasta Hermes. Parado frente a su tumba interrogamos; ¿dios de las fronteras, del comercio y los sueños?, léase *Argirópolis* como fantasía o deseo; ¿dios de los viajeros?, sus notas por el mundo lo prueban; ¿dios mensajero, de la mentira, la oratoria y los poetas?, *Facundo* ensaya, con

o sin verdad, el arte sobre la realidad. Dios de la *comunicación*, que es el epíteto con el cual hoy perdura en el bronce.

Todas las ideas hasta ahora desarrolladas decantan en este concepto de comunicación. Una trama interna que permita hacer *una nación de la población y un Estado de la extensión* pero, al mismo tiempo, una disposición a entrar en contacto y hacer propios los modos, las instituciones y el pensar occidental. Cuando Sarmiento exalta a Norteamérica como la nueva civilización heredera del progreso humano lo fundamenta por la integración del mercado nacional. La técnica y la educación se desarrollan con el único motivo de permitir el flujo de mercancías e información. La estructura de Norteamérica es determinada por el precepto de la comunicación ya sea con el tendido de caminos, rieles, líneas de telégrafo o con la alfabetización de los ciudadanos y su inclusión en una red de anuncios políticos y comerciales.

Y a pesar de todo, aún sintetizando a Sarmiento en un concepto axial para atarlo al sentido de su tumba, parece traicionar la sutileza del autor considerar a su obra unívoca. Estando ya en nuestras manos la idea inmortal podemos ver las propiedades con que se presenta y dar cuenta de la parcialidad en la que Sarmiento hace caer su propio pensamiento. *Argirópolis* y su diario de viaje en Norteamérica resaltan por ejemplo, ya con su proyecto o con su descripción, dos direcciones y actitudes opuestas de la comunicación. El estudio de los Estados-Unidos elogia a lo largo de sus páginas la comunicación interna del país; aún refiriéndose al comercio internacional, el uso de buques y negociados logra que la nación trascienda sus fronteras, embistiendo al mundo con todo su ser. Por el contrario, el sentido que toma la comunicación en *Argirópolis* es principalmente externo y de actitud pasiva. La riqueza de la nación proviene de la cantidad de puertos que entren en contacto con el comercio internacional. Norteamérica adopta la influencia extranjera y la codifica en su lenguaje para establecer la conexión de su extensión; el sueño de país que Sarmiento describe es vender cueros para recibir todo el bien que Europa derrama (Sarmiento, 2010: 148), después de todo aquí vive su descendencia, y es de interés asegurar el respeto de su vida y libertad.

¿Cuál es entonces el sello nacional que Argentina puede imprimir en el flujo civilizatorio?; el deber de este país es no ser este país. Adoptar la cultura europea y la tecnología de punta, mejorar la sangre con nuevos inmigrantes, prescindir de las razas que ya ocupan el territorio. La comunicación como fundamento de la civilidad por

veces supone integración pero en otros casos demanda una disposición sumisa a la mimesis.

El principal elemento autóctono que Sarmiento mantiene es la geografía, y a partir de ahí señala pocos rasgos que merezcan salvarse de la comunicación civilizatoria. Él desgarró de la tierra un posible ser nacional para ponerla en conexión con la corriente del progreso. La geografía del país es el objeto de investigación, y la mala administración que se ha hecho de ella la principal razón del retraso que afecta a la Argentina. En *Argirópolis* el medio es la causa de todo posible desenvolvimiento económico y cultural, todo el proyecto parte de la optimización del trazado fluvial. Desde el *Facundo* nos dice que *el mal que aqueja a la Argentina es la extensión*, resignando a sus habitantes con una muerte violenta, indiferentes a cualquier avance, haciendo del transporte en carros algo tan sencillo de lograr en las llanuras que la naturaleza aventaja la civilidad. Para peor, sus viajes le demostraron que la distribución de tierras en pocas manos desvirtuó la raza española, liquidando cualquier rastro del espíritu colonizador e innovador.

Lentamente, afectadas por el suelo, las soñolientas comunidades europeas, americanas y negras que habitaban Argentina se fundieron en una *única especie humana amante del ocio e incapaz de la actividad industrial* (Sarmiento, 2010: 16). Todas las virtudes fueron ahogadas: hasta la poesía que Sarmiento señalaba como la originalidad del espíritu argentino cae frente al avance del analfabetismo bárbaro. La sociedad y la cultura se volvieron prescindibles; no puede hacerse lo mismo con el territorio que tocó en suerte.

II

Fuimos desde su tumba, pasando por el análisis del progreso como la transición de la civilización a la barbarie, hasta la comunicación como el concepto que une los cabos. Una vez ahí, sin embargo, aparece en consecuencia una especie de vacío identitario sobre el ser argentino (si es que existe tal cosa). La obra de Sarmiento entre 1845 y 1850 proyecta una nación de avanzada poniendo como condición no ser lo que se es. Esto dice el Hermes-Sarmientino, el momento de su vida que eternizado puede compararse con un dios e imprimirse en bronce. Ser civilizados dejando de ser bárbaros; ser europeos dejando de ser americanos.

La voluntad de unidad Sudamericana que expresa en sus textos es consecuencia directa del análisis geográfico; obedece a la *necesidad de las naciones modernas de reunirse en grandes grupos* (Sarmiento, 193?: 138). Como reconocerá al final de su vida, para rastrear el nexo superior que existe entre las naciones del sur (“*rastrear la raíz del mal*”, dixit) tiene que *buscar más profundo de lo que accidentes exteriores del suelo dejan creer* (Sarmiento, 1883: 6). El libro donde se permite esta respuesta es *Conflicto y Armonías de las Razas en América* (1883) y, a pesar de quedar inconcluso, presenta a un Sarmiento consciente de su labor como filósofo de la historia. Éste es el modesto aporte del ensayo: utilizar parte de su obra temprana para revitalizar uno de sus últimos trabajos, oscuro, que título a título cae en preconceptos raciales y las lecturas contemporáneas descartan por completo. El contrapunto entre voces independientes, una esperanzada canta a mediados del siglo XIX; otra que vive de los recuerdos, resignada a que el progreso del cuerpo es su descomposición. Y una armonía se revela en este juego.

La pregunta que deja el concepto de comunicación es planteada en el título del prolegómeno. *¿Qué es la América?*, escribe Sarmiento y hace historia para continuar. *Ser americano no es ser español*, continúa acentuando la diferencia con los escritos anteriores. Emprende la descripción de las razas que han poblado el territorio, tipología de las habilidades humanas que a lo largo de los siglos, mediante el exterminio y la síntesis, conducen hasta el continente independiente y atrasado que hoy ve. Ya había utilizado este método racial al analizar la sociedad norteamericana, por qué no hizo lo mismo con la suya hasta treinta años después es una pregunta que suspendemos. En 1847 se preguntó por el desarrollo vertiginoso de las fuerzas productivas que el país del norte mostraba. La libertad no lo explicaba, ya que la hermeticidad de las sectas y la indiferencia con la que actuaban entre ellas no permitían su ejercicio pleno; desde Europa se respondía por los beneficios de construir una nación sin cargas del pasado, pero siendo el caso Sudamérica debería presentar el mismo ímpetu. Confuso, negándolo por veces, Sarmiento señaló el elemento civilizador de la nación en la raza de los Estados-Unidos, descendientes de peregrinos, capaces en el trabajo manual, religiosos, políticos, industriales. Norteamérica había sido conquistada por la raza sajona, heredera del flujo civilizatorio que se remonta más allá del pueblo hebreo caminando por el desierto.

Los colonizadores del sur no fueron la vanguardia del género humano, no correspondían a la raza del movimiento *intelectual sin límites* (Sarmiento, 1883: 111). España resistía el avance del renacimiento y la reforma protestante cuando desembarcó por primera vez en suelo americano. América del Sur fue conquistada por un pueblo medieval y, a diferencia de la política de exterminio y desalojo iniciada en Norteamérica, absorbió la raza nativa. *“Iba a verse lo que produciría una mezcla de españoles puros, por el elemento europeo, con una fuerte aspersion de raza negra, diluido el todo en una enorme masa de indígenas, hombres prehistóricos, de corta inteligencia, y casi los tres estamentos sin práctica de las libertades políticas que constituyen el gobierno moderno”* (Sarmiento, 1883: 37).

El resultado del cóctel es una clase híbrida debilitada. Los elementos raciales de la sociedad sudamericana aún son desconocidos para el mundo científico, dice Sarmiento, pero encuentran su expresión en el lenguaje popular. Ya había despuntado esta idea de un fundamento popular de nombrar lo propio en 1842 con sus Ejercicios de la Lengua Castellana y su disputa con Andrés Bello. Ahora comprendía que con las palabras mulato, zambo, mestizo, cholo, la América independiente volvía a ser una, diferente a lo que fue y a lo que sus conquistadores eran. La historia, sin embargo, empuja artificialmente factores de disolución: En 1776, intentando contener el avance de los portugueses, ingleses y el contrabando, por orden del rey Carlos III se funda el Virreinato del Río de la Plata en parte de lo que fue el Virreinato del Perú. Con todo, la capitanía de Buenos Aires no logró responder al sentimiento de unión esperado, descalificando cualquier posibilidad de proyectar una administración adecuada entre las ciudades más poderosas. Después de todo, la nueva capital *era vista como poca cosa en la jerarquía colonial* frente a ciudades como Charcas o Córdoba. Esto era razón suficiente para terminar con todo. Aunque no hubiesen ocurrido las revoluciones independentistas, *“la creación del Virreinato parece la señal dada no sólo para la dislocación de sus propios elementos componentes, sino para la destrucción de la autoridad española en sus antiguas colonias”* (Sarmiento, 1883: 102).

No hubo tiempo para ver cómo las decisiones burocráticas consumían la colonia ya que en 1806 y 1807 el temor a los intereses ingleses se volvió real. Las invasiones pusieron a prueba el patriotismo porteño, que reconquistó la ciudad con sus propios esfuerzos para devolver el mando a la corona española. *“Pero la independencia estaba*

en la atmósfera, se la veía venir como la venida del día se presiente, por débiles iluminaciones hacia el Oriente, que no son la aurora todavía pero que marcan el punto del cielo por donde vendrá” (Sarmiento, 1883: 141). Cuando la noticia de que Fernando VII se encontraba prisionero en Bayona cada parte de Sudamérica comprendió la oportunidad que se presentaba. El movimiento emancipador que comenzó a desarrollarse a lo largo de las colonias es prueba de la unidad que al territorio le corresponde. No había posibilidad de coordinar los levantamientos que ocurrieron en simultáneo; la independencia era producida por ideas generales sin relación con las circunstancias locales, la independencia manifestaba un origen común histórico.

El deseo soberano surgía por inducción y ejemplo de Norteamérica; sin embargo pocos atendieron a las instituciones y formas de gobierno que deberían adoptar; *ser independientes era serlo con sólo quererlo*. Los gobiernos que se formaron en América del Sur legislaron sobre lo existente, imitando la antigua Europa, o bien cayeron en la barbarie del americanismo. En algunos casos el caudillismo americano alzó la bandera de la federación pero sólo como factor de disgregación, con el puro interés de negar una autoridad central. Como fuese, medievalismo absolutista o caudillos localistas, la sentencia de atraso estaba escrita por la desorganización política.

La sociedad argentina fue formada con los restos que quedaron unidos después de la emancipación de las colonias y su separación en estados (Sarmiento, 1883: 101). Cada sección forjó una leyenda para explicar su historia y considerarse nación, justificando su existencia por la labor de sus antepasados y no por la disolución que encerraban los Virreinos. La reflexión de Sarmiento, en respuesta, ubica la independencia en la acción universal de una idea civilizatoria actuando sobre una América indivisa.

Desde las primeras páginas de su libro los avances materiales que ha hecho la Argentina son elogiados. La técnica que buscaba adquirir en el período 45-50 se veía reflejada en los rieles, cables y vapores que cruzaban el país. La dimensión política, al contrario, mostraba ser el motivo por el cual todos estos procesos carecían de *unidad y consistencia* (Sarmiento, 1883: 6). A lo largo del análisis de *Conflicto y Armonías de las Razas*, la marea histórica evidencia hasta cierto punto esta irresponsabilidad, haciendo de su causa última la desunión artificial de la América. Sarmiento cree, de la misma forma que creyó toda su vida, que este continente es el territorio donde va a regenerarse

la humanidad. En 1850 exigía como heredero de los colonizadores españoles ensamblar las naciones en un gran cuerpo capaz de rivalizar en progreso con la raza del norte (Sarmiento, 193?: 140); treinta años después mantiene el deseo de que el *pensamiento sin trabas, sin fronteras, vaya y vuelva*, aprovechando todos los beneficios de la coyuntura política².

Omitiendo los argumentos racistas, al leer esta obra como respuesta a la idea inmortal que arriba desarrollamos la diferencia entre los períodos es que para 1883 Sarmiento se permite fantasear con una codificación propia del progreso, devolviéndole identidad al territorio que antes sólo consideraba llanos y ríos. La existencia de un libro como *Conflicto y Armonías de las Razas* se explica por la insuficiencia del significativo comunicación que lo asemejaba con ese primitivo Hermes. La posibilidad del país que observa entre 1845 y 1850 requiere la urgente necesidad de adoptar la forma civilizatoria que otros ya tomaron con siglos de ventaja; en *Conflicto y Armonías de las Razas*, el tipo de hombre que habita en América del Sur puede acceder de forma ordenada a los avances del progreso a condición de expresarlos en su lenguaje.

El último capítulo de *Conflicto y Armonías* es prueba de que semejante proyecto puede lograrse. Sarmiento desarrolla el efecto civilizador que la incorporación de los caballos hizo en la vida del indígena, una codificación nativa de las herramientas del progreso. Un cambio en su dependencia y vínculo con la sociedad, una verdadera revolución donde hombres separados del suelo pudieron dar rienda suelta a sus pensamientos. De la misma forma Sudamérica puede hacer suyos los frutos de la civilidad sin negar su entidad (muestra que esto no ocurría en 1850 es la política inmigratoria con la que buscaba reemplazar la raza que dominaba el territorio).

El desenlace de la teoría sarmientina sobreviene al observar la manera en que Sudamérica puede actuar verdaderamente como una. El concepto de comunicación vació en un principio de toda característica local al territorio. La conexión interna y externa funcionaba únicamente para realizar una transfusión de sangre, forjando a partir de la América una nueva Europa. *Conflicto y Armonías de las Razas* nace para poner fin a esta indiferencia por la identidad, proponiendo el sueño de tener voz propia en las

² Para 1883 la construcción del canal de Panamá estaba por concluir, los Estados Unidos de Colombia presentaban el mayor avance educacional dentro de América del Sur y Sarmiento, como otros, esperaba que el centro del mundo moderno se trasladase a ese lugar. Argentina debía entrar en contacto con la zona para aprovechar las posibilidades que se gestaban.

formas civilizatorias. América del sur, indivisa, enviará al ser humano con nuevo ímpetu hacia el progreso. Cerrando el círculo, inmortal reaparece la idea del Hermes sarmientino inicial. La posibilidad de alcanzar un desarrollo nacional es factible a condición de unir nuevamente los estados que fraccionan el continente: la respuesta vuelve a ser la comunicación.

Bibliografía

- GERMANI, Gino (1971): *Política y sociedad en una época de transición*, Buenos Aires, Ed. Paidós.
- HALPERÍN DONGHI, Tulio (2004): *Una nación para el desierto argentino*, Buenos Aires, Editores de América Latina.
- INGENIEROS, José (1957): *Sociología Argentina*, Buenos Aires, Elmer Editor.
- PALCOS, Alberto (1938): *Sarmiento: la vida la obra las ideas el genio*, Buenos Aires, Ed. El Ateneo.
- SARMIENTO, Domingo F. (1851): *Viajes en Europa, África y América: segundo tomo*, Santiago de Chile, Imprenta de Julio Belín y Cía. Consulta por internet desde (<http://www.proyectosarmiento.com.ar/>) al 20 de octubre del 2011.
- (1883): *Conflicto y Armonías de las Razas en América*, Buenos Aires, Imprenta de D. Tuñez. Consulta por internet desde (<http://www.proyectosarmiento.com.ar/>) al 20 de octubre del 2011.
- (193?): *Argirópolis*, Buenos Aires, Talleres gráficos argentinos L. J. Rosso.
- (2010): *Facundo: civilización y barbarie*, Buenos Aires, Ed. Eamp. SA.

Recibido: 31/05/2012. Aceptado: 07/10/2012.